

sable del accidente. Acababa precisamente de enviar á París á de Oubril, con plenos poderes, pero menos para concluir la paz que para discutir sus condiciones. Napoleon concibió en seguida el plan de sorprender á Oubril como había sorprendido á Haugwitz, haciéndole firmar un tratado por medio del cual intimidara y anonadara al gabinete inglés. La sola llegada del negociador ruso bastó para producir en él un cambio completo de tono y de lenguaje. Lord de Yarmouth á su regreso de Londres, á donde había ido á llevar las proposiciones de Napoleon, se encontró en presencia de una situación toda nueva. Ya no se quiere oír hablar de dejar la Sicilia á los borbones; el emperador ha recibido cartas de su hermano en las que le dice que no le es posible pasarse de esta isla. Por otra parte sus generales están á punto de apoderarse de ella. Es necesario que Inglaterra se contente con el Hannover, Malta y las colonias que ha conquistado. A medida que de Oubril va dejándose caer en las redes que se le han tendido, el gabinete francés se hace más exigente y más reservado con Yarmouth. Se le entretiene con las más ridículas proposiciones. Se le ofrece dar, como indemnización al rey de las Dos Sicilias, un nuevo reino formado con las ciudades anseáticas que se tomaron á Alemania. En general, las indemnizaciones que propone Bonaparte son siempre á expensas de su vecino. En fin, del 15 al 20 de Julio, Napoleon cierto de la adhesión de Oubril al tratado que ofrece á Rusia, la escena cambia repentinamente de nuevo. Poco le importa que ese tratado no sea mas que un proyecto, que contenga condiciones absolutamente inaceptables, él ha conseguido con halagos, con la intimidación y la corrupción que el representante de Alejandro I lo firme, y esto le basta para prevalerse de él como si fuera definitivo. Entonces desenmascara de repente la gran sorpresa que ha preparado clandestinamente durante esas diversas negociaciones. «Talleyrand me ha declarado,—escribía Yarmouth á Fox el 9 de Julio,—que le había declarado á Oubril que si la paz se hacía, Alemania continuaría en su presente estado y que los cambios proyectados no serían publicados.» Esta promesa fué violada el mismo instante. Napoleon publica la nueva organización de la Confederación germánica reformada al abrigo de su protectorado, de modo que á Inglaterra no le deja más camino que resignarse, ella que ha negociado bajo la base del *Statu quo*, á ceder á Francia la isla de Sicilia, y á ver como la mitad de Alemania queda sometida á la dominación francesa.

Este golpe teatral era la repetición exacta de las

estratagemas que había precedido la conclusión del tratado de Amiens, ó mejor, de aquellas que Napoleon empleaba en todas sus negociaciones diplomáticas, pues esto era, en él, un método constante y sistemático. Con un conocimiento un poco más profundo de su carácter, y hasta con un estudio algo sostenido de sus antecedentes políticos, se hubiese podido pronosticar á buen seguro esos bruscos cambios que desconcertaban á sus adversarios. En diplomacia, como en guerra, era en el momento en que todo parecía ganado cuando era necesario sobre todo desconfiar de él. Dotado de un arte infinito para atraer, seducir y halagar, para inspirar una falsa seguridad, cautivaba, arrastraba con sus promesas halagadoras á quienes engañaba con su aparente brusquedad, hacía valer á sus ojos las consideraciones de humanidad, la gloria de pacificar la Europa después de tantos disgustos; los asociaba á sus ideas sobre el porvenir, á sus filantrópicas esperanzas; apresurábase á comprometerles sin darles tiempo para reflexionar; luégo, cuando todo estaba arreglado, convenido, terminado, en el momento mismo de firmar, desenmascaraba de pronto algún formidable imprevisto y los ponía en el caso de resignarse ó de desgarrarse el tratado amenazando de una manera ruidosa con hacerles responsables de las consecuencias. Como los gabinetes sobrados confiados habían siempre hecho valer para con sus súbditos las ventajas de la paz, bajaban la cabeza y aceptaban el hecho consumado.

Dicho se está que esta sorpresa estaba hecha para enfriar considerablemente la admiración entusiasta que Fox sentía para Bonaparte, la cual, empero, había ya sufrido un tanto en estos últimos años. Sentía tanto más vivamente esta decepción cuanto que se creía al abrigo de ella, en razón de sus antiguas relaciones con Napoleon. Pero en vez de doblegarse como Napoleon esperaba, hizo saber su disgusto á Yarmouth, quien en esta ocasión había demostrado poca firmeza y poca previsión presentando sus poderes, en contra de lo que prevenían sus instrucciones, y aceptando la discusión sobre la indemnización siciliana. Fox le juntó entonces á lord Landerdale, quien estaba encargado de hablar un lenguaje más enérgico y de volver al punto de partida mismo de la negociación, es decir, á la conservación del *Statu quo*.

Napoleon propuso entonces, para el rey de las Dos Sicilias, nuevas indemnizaciones, sobre las que no tenía mejor derecho que sobre las ciudades anseáticas, así le ofreció sucesivamente la Albania que pertenecía al imperio Otomano, con Ragusa que era

una república independiente; luégo las Islas Baleares que eran de su aliado el rey de España. De todos los países con que pretendía Napoleon traficar esta extraña negociación, no había ni uno sobre el cual pudiera tan sólo alegar el derecho de conquista: en efecto no poseía ni el Hannover, ni la Sicilia, ni las ciudades anseáticas, ni la Albania, ni Ragusa, ni las Islas Baleares, y sin embargo, ora las cedía, ora las reclamaba, como si fueran su propiedad personal. Jamás se dispuso del bien ajeno con mayor cinismo é imprudencia.

Llega en este entretanto de Petersburg una noticia embarazosa para la diplomacia francesa. Alejandro rechazaba con desprecio irrisorio el tratado que Napoleon había impuesto á la indecisión de Oubril, y que mediaba entre Inglaterra y Rusia la inteligencia más completa. Toda esa combinación mezquina y pérfida era burlada, puesta en evidencia, y para mayor desgracia, Fox, el último partidario de la paz en el seno del gabinete inglés, moría el 13 de Setiembre de 1806, curado bien que un poco tarde de todas sus ilusiones para con el gran emperador.

Ahora resultaba que las legítimas exigencias de Inglaterra respecto de Sicilia, se complicaban con las que Rusia renovaba por su propia cuenta, relativamente al rey de Nápoles, al rey de Cerdeña, á la Dalmacia; la negociación podía, pues, continuar todavía sobre las argucias propias de la diplomacia, pero desde entonces quedaba reducido á nada. De esta suerte fracasó esta tentativa tan importante para la paz del mundo.

Cualesquiera que sean las sutilidades que se amontonan para oscurecer y desnaturalizar los hechos, hay una conclusión á la cual es imposible escapar, es que la guerra continuó abierta entre Francia de un lado, Rusia é Inglaterra y por consecuencia de todo Prusia, solo por un motivo único: la negativa de Napoleon de ceder la Sicilia, en la que aún no había puesto sus piés uno solo de sus soldados, y esto, decía, ¡porque Sicilia era indispensable al reino de su hermano José! Aquí cuando menos hay que suponer un principio de alienación mental.

La guerra con Rusia é Inglaterra, era también la guerra con Prusia, pues, Napoleon, á fuerza de habilidad, había acabado por poner en manos de esas potencias un medio seguro para arrastrar al rey de Prusia.

Aún suponiendo que sus antiguas quejas y el establecimiento de la nueva Confederación del Rhin no le hubieran dado motivos suficientes de ruptura, era imposible que ese príncipe pudiera resistir á sus

solicitaciones al saber la frescura con que Napoleon había dispuesto de una provincia que formaba parte de sus Estados; y si el rey de España hubiese sido capaz de un movimiento de energía, no hay duda que no se le hubiera arrastrado á una determinación análoga por los motivos de queja que se le habían dado, no sólo tratando la paz, sin consultarla, sino ofreciendo sus provincias á quien quisiera tomarlas, arrojando á sus parientes de Nápoles, y gobernando el reino de Etruria como un departamento francés.

Holanda había sido todavía peor llevada. Al darla á Luis, se le había jurado que se le restituirían sus colonias, y en el momento mismo en que se reservaba esta promesa solemne, se ofrecían á Inglaterra. Pero Holanda estaba demasiado encadenada para temerla. Así bajo el pretexto de concluir paces separadas, había la diplomacia francesa embrollado tan bien todas las cuestiones, comprometido todos los intereses, lastimado todos los derechos, que si una sola de sus combinaciones fracasaba, todo lo demás se hundía de golpe, y Napoleon se encontraba preso en sus mismas redes, enmarañado con todo el mundo y sobre todo con aquellos á quienes llamaba sus aliados. Aquí una hipótesis de las más aventuradas había sólo servido de clave á todo el endamiaje de ese pretendido proyecto de pacificación, esta hipótesis era la ratificación de Alejandro. No se realizó el supuesto, por consiguiente no quedaba de la tentativa más que el lamentable espectáculo de la mala fe, sorprendida en flagrante delito y revelada á todas las miradas.

Napoleon no era tan ciego que pudiera equivocarse sobre los sentimientos que su conducta debían inspirar á Berlín y en otras partes, pero todavía se jactaba de neutralizar el efecto á fuerza de intimidación. Apresuróse á tomar las primeras medidas militares, y ordenó á sus generales que estuvieran sobre aviso. Su ejército ocupaba todavía todo el Mediodía de Alemania, pues se había prevalido de la ocupación por los rusos de las bocas del Cattaro, para eludir la evacuación de á la vez de las provincias austriacas y las de los Estados de la nueva confederación. El gran ejército, reforzado con numerosos reclutas, mantenido á expensas del extranjero, ocupando fuertes posiciones, estaba más aguerrido y más dispuesto para la guerra de lo que lo hubiera jamás podido estar. Tomadas esas precauciones esperó espada en mano las comunicaciones de la corte de Berlín.

Habíale notificado, hacia mediados de Julio, la acta que constituía la confederación del Rhin bajo

el *protectorado* de Napoleón. Este eufemismo disfrazaba mal el estado de completa sujeción en que se encontraban los príncipes que Napoleón había obligado á entrar en esta liga formada contra su propia patria. Independientemente de los tres soberanos de Baden, Baviera y Wurtemberg, la nueva confederación comprendía al príncipe archicanciller de Dalberg, el elector de Hesse-Darmstadt, los dos ducados de Nassau, el gran duque de Berg, Murat, el príncipe de Salm y algunos otros. Formaban con Francia una alianza ofensiva y defensiva á perpetuidad, y se comprometían á suministrarle, para la común defensa, un ejército de 63.000 hombres.

La capitalidad de la confederación estaba en Francfort; en cuanto á la antigua dieta germánica, se la trataba con tan poca ceremonia, que la ciudad de Ratisbona, en donde tenía sus sesiones, había sido cedida á Baviera. El embajador francés Bascher tuvo orden de participarle que «el emperador, su amo, ya no reconocía la constitución germánica, á pesar de reconocer la soberanía de los príncipes alemanes, considerados individualmente.

La nobleza imperial quedaba suprimida definitivamente.

Napoleón que tenía ya en su mano todos los principales pasos del Rin, completo su sistema de comunicaciones con los Estados confederados, haciendo extender las fortificaciones de Maguncia más allá del Rin, ocupando con una fuerte guarnición la plaza de Wesel, situada en la orilla derecha en el gran ducado de Berg. Esta ocupación se hizo en el momento mismo en que Bascher declaraba solemnemente en nombre de Napoleón, á la dieta de Ratisbona, «que el emperador no llevaría jamás los límites de Francia al otro lado del Rin.» 1.º de Agosto de 1806.

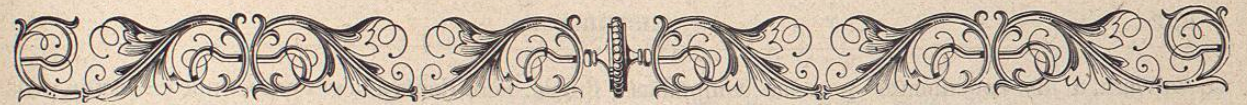
No era sólo la dieta de Ratisbona la que se encontraba afectada por esta transformación, el imperio alemán, quedaba, por decirlo así, declarado vaciente. El emperador de Austria que todavía llevaba

este vano título, no tenía ya Estados en Alemania; Francia y Prusia solas podían pretenderla en lo sucesivo.

Francisco II comprendió su situación, y dimitió él mismo esta dignidad sin esperar á que se le obligara á ello, aún cuando el tratado de Presburg se la había reconocido formalmente, y le daba el derecho de rechazar con las armas en la mano todo nuevo acto de invasión.

La nueva confederación afectaba de una manera menos ostensible á Prusia, pero no por esto dejaba de sufrir un serio perjuicio, por esto que tantos Estados cuyos gobiernos podían serle más ó menos simpáticos, pero cuyos pueblos le estaban unidos por los más estrechos lazos de la sangre, de la lengua, de los intereses, de las afecciones, iban á pasar, sin remisión, bajo una influencia extranjera. Como no se podía dudar de los sentimientos que en ella despertaría un establecimiento tan contrario á sus intereses, Napoleón quiso tranquilizarla haciéndole declarar, en el momento mismo en que le notificaba el tratado, «que él veía con placer, colocados bajo su influencia, todos los Estados del norte de Alemania, por medio de una confederación parecida á la del Rin. «La indemnización era más que mediana, pues estos Estados estaban lejos de poder hacer contrapeso á los que Napoleón acababa de encadenar á su alianza; el gabinete de Berlín, sin embargo, apresuróse á aceptar, sin sospechar siquiera que se estaba decidido á no dejarle tomar lo que se le ofrecía. No debía tardar en hacer este descubrimiento, pero á la vez había de hacer otro todavía más aterrador.

De modo que la coalición disuelta, á precio de tanta sangre, por las victorias de Ulm y de Austerlitz, apenas había dejado las armas, suscitábanla de nuevo por una larga serie de sangrientas afrentas y de vejaciones intolerables, en el seno mismo de esta Europa agotada, y en el pueblo que estaba mejor dispuesto para Francia.



CAPITULO X

GUERRA CON PRUSIA.—JENA

Situación económica de Francia.—La compañía Ouward.—Quiebra general.—Miseria.—Prusia y la confederación del Norte.—Manejos de Napoleón para impedir su formación: 31 de Mayo de 1806.—El Hesse-Cassel, la Sajonia y las ciudades anseáticas.—Entérase Prusia.—Imprudencias de los generales franceses.—Revela Luchessini los tratados de Napoleón con Inglaterra: 6 de Agosto de 1806.—Desmiéntalo Napoleón.—Engaña á su embajador en Berlín, Laforest.—Movilizase el ejército prusiano.—Estalla el sentimiento público.—Carácter de la guerra con Prusia.—Angustias de Laforest.—Respuesta de Napoleón.—Persecuciones.—Los folletos de Gentz.—Fusilamiento del librero Palm.—Iniquidades del proceso.—Intervención directa de Napoleón.—Ultimatum de Berlín: 1.º de Octubre de 1806.—Queda de hecho declarada la guerra: Napoleón en Maguncia.—Faltas del gabinete de Berlín.—Carácter del movimiento nacional prusiano.—Condiciones militares del territorio prusiano.—Consecuencias para Prusia.—Toma imprudentemente la ofensiva.—Situación de los ejércitos francés y prusiano.—Los generales prusianos.—La corte se traslada al campamento prusiano.—Causas de las desgracias de Prusia.—Movimientos militares.—Plan de Brunswick.—Renueva los errores de Mack.—Inmensa superioridad numérica del ejército francés.—Fuerzas de Napoleón.—Indiferencia de Austria.—Organización de la legión polonesa.—Concentración del ejército francés.—Brunswick en Weimar.—Su inmovilidad.—Combate de Saalburg: 8 de Octubre.—Combate de Saalfeld: Lannes derrota á los prusianos: heroica muerte del príncipe Luis de Prusia: 10 de Octubre.—Establécense los prusianos en Jena.—Comprende Brunswick el plan de Napoleón.—Emprende su retirada sobre Magdeburg.—Adelántanse los franceses.—Ocupan Davout y Bernardotte á Neumburg.—Descuidos de Hohenlohe en Jena.—Situación de los dos ejércitos: 16 de Octubre.—Presunción de Napoleón y sus consecuencias.—Separa á Bernadotte de Davout.—Batalla de Jena: 14 de Octubre de 1806.—Ataque de Lannes.—Imprudente avance de Ney.—Avance general del ejército.—Desbandada de los prusianos.—Batalla de Auerstaedt: 14 de Octubre de 1806.—Ataca Brunswick á Davout.—Heroica resistencia de la división Gudin.—Generalízase la batalla.—Enormes pérdidas de los prusianos.—Brunswick, Schmettau y Moellendorf heridos mortalmente.—Ordena el rey la retirada sobre Weimar.—Córtales el paso Bernadotte.—Acuden los fugitivos de Jena.—Pánico del ejército real.—Desbandada general.—Resultados de la batalla de Jena.—Pide Federico Guillermo un armisticio.—Escapa Blücher.—Persecución del ejército prusiano.—Entra Davout en Berlín: 24 de Octubre.—Napoleón en Sans-Sonci.—Su gran hazaña.—Destrucción total del ejército prusiano.—Campana de Blücher.—Asalto y saqueo de Lübeck.—Entrada triunfal de Napoleón en Berlín: 27 de Octubre de 1806.—Pensamiento sanguinario de Napoleón.—El príncipe de Hatzfeld.—Quiere fusilarle.—Horror de sus generales.—Inflexibilidad de Napoleón.—Ocúltase el príncipe.—La comedia de su perdón.—Negociaciones para la paz.—In-temperancia de Napoleón.—Acepta el rey de Prusia las condiciones impuestas de Napoleón.—Niégase ahora éste á firmar la paz.—Los poloneses en Berlín.—Quiere Napoleón levantar la Polonia contra Rusia.—Manda á llamar á Kociwsko.—El decreto de Berlín: 21 de Noviembre de 1806: el bloqueo continental.—Impónelo á toda Europa.—Indignación de Europa.



NAPOLEÓN á su regreso á París tuvo que preocuparse, ante todo, de la situación económica que era desesperada á consecuencia de los enormes gastos de la guerra, de la ruína completa de la marina mercante francesa y

consiguiente paralización de gran parte del comercio, y por la imposibilidad en que estaba el Banco de Francia de continuar auxiliando á los industriales y comerciantes franceses, á causa de las sangrías que Napoleón había dado á su caja. Esto hizo que